

Ahora me toca a mí

Querido Mario:

Me decido a escribirte esta carta mientras duermes y contemplo tu rostro medio tapado entre las sábanas. Oigo a ratos tu respiración agitada y dispersa, indicadora del desasosiego que te visita desde hace ya un tiempo. No dejó de evocar, sin embargo, los muchos momentos que hemos pasado juntos viajando por mundos imaginados, dibujados con lápices de colores, que nos hacían ser cada día un poco más felices. Nunca nos importó que no pudieran concretarse aquellas escapadas a ese paraíso de fantasía que creábamos para adentrarnos en la felicidad. Tú me enseñaste a soñar; yo te enseñé a volar. Y en nuestras risas, lo mejor, anidaba el amor.

Ahora que el destino nos golpea con el mazo de la enfermedad, me aferro más que nunca a los recuerdos para apurar la vida, la que fue, la que pudo ser y la que a menudo pudimos disfrutar. Y, por qué no, la que vendrá, mucha o poca, sea de la manera que sea. Un viento frío e implacable se cuela por algún resquicio para maltratar mi cabeza y hacerme temblar. Tiemblo a la vez que consumo los restos de un pasado maravilloso. Fuiste tú, Mario, quien me diste las vitaminas de una relación sin fisuras. Te agradezco, amor, tu paciencia infinita, tus desvelos por ayudarme a ser la mujer que siempre deseé. Te agradezco el esfuerzo, generoso y sincero, por minimizar los momentos complicados, cuando lo fácil hubiera sido quedarme en casa. Resulta curioso que en aquellos tiempos de desigualdades, de papeles asignados en el matrimonio, donde la mujer se veía abocada al trabajo doméstico, fueras tú, marido mío, quien dieras un paso al frente para romper moldes y saltar barreras. Incluso te costó algún que otro disgusto y enfrentamiento con tu familia, en especial tu padre, ese señor del medievo que asignaba a la mujer un rol resignado y secundario. Gracias por empujarme a tener una profesión, un trabajo, un lugar en la sociedad moderna. Verte con el delantal al regresar a casa, mientras ultimabas la cena y me contabas los cotilleos vecinales, me procuraba una sonrisa permanente. Ahora me toca a mí cuidarte, cubrir las paredes con los nombres de las cosas, de nuestros hijos, con los números de teléfono importantes. Me toca rodearte con mis brazos y susurrarte al oído que ‘te quiero’, que te querré hasta el fin. Me toca llenarte de besos y esconder las lágrimas si me llamas ‘mamá’ en vez de Isabel.

Te doy las gracias, mi amor, por regalarme tu vida sin pedir nada a cambio.

Tuya siempre, Isabel.